

20

Prelatura de Movobamba

de abril, MIÉRCOLES
OCTAVA DE PASCUA



1º Lectura: Hch 3,1-10" Te doy lo que tengo, a Jesucristo"
Salmo: 104" Cantemos al Señor con alegría. Aleluya"

Evangelio

Lc 24,13-35

El mismo día de la resurrección, iban dos de los discípulos hacia un pueblo llamado Emaús, situado a unos once kilómetros de Jerusalén, y comentaban todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús se les acercó y comenzó a caminar con ellos; pero los ojos de los dos discípulos estaban velados y no lo reconocieron. Él les preguntó: «¿De qué cosas vienen hablando, tan llenos de tristeza?» Uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió: «¿Eres tú el único forastero que no sabe lo que ha sucedido estos días en Jerusalén?» Él les preguntó: «¿Qué cosa?» Ellos le respondieron: «Lo de Jesús el nazareno, que era un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo. Cómo los sumos sacerdotes y nuestros jefes lo entregaron para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él sería el libertador de Israel, y sin embargo, han pasado ya tres días desde que estas cosas sucedieron. Es cierto que algunas mujeres de nuestro grupo nos han desconcertado, pues fueron de madrugada al sepulcro, no encontraron el cuerpo y llegaron contando que se les habían aparecido unos ángeles, que les dijeron que estaba vivo. Algunos de nuestros compañeros fueron al sepulcro y hallaron todo como habían dicho las mujeres, pero a él no lo vieron». Entonces Jesús les dijo: «¿Qué insensatos son ustedes y qué duros de corazón para creer todo lo anunciado por los profetas! ¿Acaso no era necesario que el Mesías padeciera todo esto y así entrara en su gloria?» Y comenzando por Moisés y siguiendo con todos los profetas, les explicó todos los pasajes de la Escritura que se referían a él. Ya cerca del pueblo a donde se dirigían, él hizo como que iba más lejos; pero ellos le insistieron, diciendo: «Quédate con nosotros, porque ya es tarde y pronto va a oscurecer». Y entró para quedarse con ellos. Cuando estaban a la mesa, tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero él se les desapareció. Y ellos se decían el uno al otro: «¿Con razón nuestro corazón ardía, mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras!» Se levantaron inmediatamente y regresaron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, los cuales les dijeron: «De veras ha resucitado el Señor y se le ha aparecido a Simón». Entonces ellos contaron lo que les había pasado en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Meditación

En el evangelio de ayer María Magdalena va a buscar al Señor y Cristo le sale al encuentro. En cambio, en este evangelio nos encontramos con los seguidores de los días de gloria que huyen el día del castigo. La resurrección del Señor inaugura una nueva presencia de Dios en el mundo, la presencia sacramental del Hijo que realiza la comunión íntima con Jesucristo, para fortalecer los momentos de debilidad. En el evangelio de hoy los discípulos de Emaús tienen el mérito de no haber traicionado a Jesús. Habían esperado que él sería el Salvador. Lo que no han tenido en cuenta es que Cristo persevera hasta el final, es capaz de esperar hasta el último momento y salir al encuentro como un buen amigo que tiende la mano.

Sin embargo, Jesús no quiere limitar nuestra libertad y nos deja libres de aceptar la mano que nos ofrece. Nos acompaña durante todo el camino; pero, si no le pedimos que se quede con nosotros, no lo reconoceremos cuando parta el pan.

A pesar de nuestras limitaciones es una alegría ver jóvenes que abrazan la vocación de entregarse plenamente a Cristo y al servicio de su Iglesia. Tenemos que hacernos la pregunta con corazón limpio y no tener miedo a lo que Dios nos pida. A partir de nuestro "sí" a la llamada del Señor nos convertiremos en nuevas semillas de esperanza en la Iglesia y en la sociedad. No olvidemos: La voluntad de Dios es nuestra felicidad.

Estamos llamados a vivir esta unión con Cristo, que transforma toda nuestra vida. Del encuentro con Cristo brota la auténtica vida del seguidor de Cristo.

"Los discípulos reconocieron al Señor Jesús, al partir el pan"